

Apología del orden social tradicional. El proyecto conservador de Pedro Antonio de Alarcón en su obra literaria

Apology for Traditional Social Order. The Conservative Project of Pedro Antonio de Alarcón in His Literary Work

Javier Esteve Martí
Universidad de Chile
Departamento de Ciencias Históricas
<https://orcid.org/0000-0002-5496-5452>
javier.esteve@uchile.cl

Recibido: 07/02/2024; Revisado: 19/04/2024; Aceptado: 09/07/2024

Resumen

Como uno de los escritores más populares en la España del siglo XIX, en este artículo se considera que Alarcón era consciente del poder de la literatura para influir en la sociedad. Por ello, empleó su obra literaria para propagar un ideario conservador que condenaba la movilidad social desordenada y criticaba el liberalismo. Esta investigación pretende demostrar que, con su retrato idealizado del mundo rural y semirural, Alarcón defendió que, si abrazaban los principios del catolicismo, descartaban las enseñanzas de la Ilustración y el romanticismo y se libraban de intromisiones estatales, las élites tradicionales y las clases populares construirían una relación simbiótica.

Palabras clave: Literatura, conservadurismo, mundo rural, catolicismo, antirromanticismo.

Abstract

As one of the most popular writers in 19th century Spain, this article considers that Alarcón was aware of the power of literature to influence society. Therefore, he used his literary work to propagate a conservative ideology that condemned disorderly social mobility and criticized liberalism. This research aims to demonstrate that, with his idealized portrait of the rural and semirural world, Alarcón defended that, if they embraced the principles of Catholicism, discarded the teachings of the Enlightenment and romanticism and freed themselves from state interference, the traditional elites and the popular classes would build a symbiotic relationship.

Keywords: Literature, Conservatism, Rural World, Catholicism, Anti-Romanticism.

1. INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Nacido en el seno de una familia de labradores de Guadix cuya modesta fortuna quedó truncada por la Guerra de la Independencia Española, Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) tuvo que conformarse con realizar sus estudios superiores en un seminario y cursar un único año de la carrera de Derecho en Granada. Aficionado a la escritura, durante su juventud participó de empresas periodísticas como *El Eco de Occidente* (Cádiz y Granada), *La Redención* (Granada) o *El Látigo* (Madrid). Durante esta misma etapa se destacó por su actitud revolucionaria, que le llevó a participar en la Vicalvarada (1854) y a arremeter contra la Iglesia católica, el Ejército español y la monarquía isabelina desde las columnas de las publicaciones periódicas en las que ejerció como redactor y director (LARA, 1991: 34-35). Terminados sus devaneos revolucionarios, Alarcón saboreó las mieles del éxito gracias a su *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859). De esta obra, en la que recopiló las crónicas escritas durante su intervención como soldado voluntario en la Guerra de África (1859-1860), vendió más de 50.000 copias. Su siguiente trabajo, titulado *De Madrid a Nápoles* (1861), también fue un verdadero éxito, hasta el punto de que no ha faltado quien asegure que fue el libro de viajes más leído en la España del siglo XIX (RUBIO, 2019: 177).

Durante las siguientes tres décadas, Alarcón emprendió una carrera política que dio muestras de una creciente moderación y que sobrevivió a varios cambios de régimen. Enrolado en las filas de la Unión Liberal desde el año 1863, obtuvo su primera acta de diputado en 1864, permaneciendo en las Cortes hasta que la persecución del último gobierno de Ramón María Narváez le obligó a exiliarse. Posteriormente, ya en 1868, se unió a los militares sublevados contra Isabel II, participando en la batalla del puente de Alcolea y acompañando a los insurgentes hasta Madrid. Durante el Sexenio Democrático volvió a ser elegido diputado hasta en dos ocasiones, significándose primero como valedor del duque de Montpensier y defendiendo más tarde la conversión de la Unión Liberal al alfonsismo. Teniendo esto último en cuenta, no resulta sorprendente que con el triunfo de la Restauración se enrolase en el Partido Conservador, confiándole Antonio Cánovas del Castillo el puesto de consejero de Estado, en el que permaneció hasta 1881. Bajo el reinado de Alfonso XII y la Regencia de María Cristina de Habsburgo también ejerció como senador en varias legislaturas, representando primero a la provincia de Granada y más tarde a la de Pinar del Río, en Cuba (LARA, 2004).

Como literato, Alarcón publicó cuentos y relatos durante casi toda su vida. Buena parte de estas narraciones las compiló, tras reescribirlas, en *Cuentos amatorios* (1881), *Historietas nacionales* (1881) y *Narraciones inverosímiles* (1882). Por otro lado, su periplo como novelista fue fugaz, pues a excepción de *El final de Norma* (1855) publicó todas sus novelas entre 1874 (*El sombrero de tres picos*) y 1882, año en el que dio a la imprenta *La Pródiga* y decidió abandonar una carrera como novelista que había desarrollado durante los interludios de su vida política (GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, 2003: 90). En realidad, sus trayectorias política y literaria estuvieron fuertemente ligadas, pues Alarcón era consciente del poder de la palabra para modificar opiniones y conciencias desde al menos 1863, año

en que comenzó a escribir artículos periodísticos al servicio de la Unión Liberal (LÓPEZ, 2014: 170-171).

En este texto se parte de la idea de que en el siglo XIX se produjo el afianzamiento de la figura del escritor que tomaba la pluma con el objetivo de obtener mayor protagonismo en la esfera pública. De acuerdo con ésta, los literatos escribirían desde la certeza de que podían transformar la sociedad y de que relatos y novelas eran herramientas válidas para imponer discursos, lecturas del pasado, proyectos, lenguajes e imaginarios (FERNÁNDEZ y CHASSIN, 2004). De hecho, la historiadora Isabel Burdiel ha apuntado que durante el siglo XIX la literatura contribuyó a extender la idea de que se vivía un periodo de cambios sin precedentes y fue empleada tanto para presentar proyectos que pretendían restaurar una armonía social supuestamente perdida como para promover nuevos paradigmas morales y sociales (BURDIEL, 2015). En el caso concreto de la novela, ya hace tiempo que se ha asentado la idea de que, dada la amplitud de temas que admite, es un vehículo idóneo para difundir postulados sociales y políticos que, de otro modo, no alcanzarían a la multitud de lectores que sólo leen obras de ficción (PICARD, 2005: 129-130). En relación con todo lo anterior, en el presente artículo tratará de demostrarse que los cuentos y novelas de Alarcón no tenían objetivos meramente estéticos, pues cuando los escribió lo hizo con la intención de influir en la cosmovisión del público lector. De hecho, en este texto se pretende probar que la mayor parte de su obra respondía a un programa político, social y moral claro.

Quentin Skinner ha rebatido los argumentos de quienes consideran que la intencionalidad de los autores debe ser ignorada en aras de recuperar el verdadero significado de un texto. Asimismo, ha reafirmado la idea de que para comprender las motivaciones de un autor es necesario relacionar sus textos con el imaginario social de la época (SKINNER, 2009). De acuerdo con esto, en las próximas páginas se buscará demostrar que, con la exaltación de las comunidades rurales y semirurales de las comarcas en torno a Guadix, Alarcón tenía como objetivo defender un proyecto de sociedad orgánica. O lo que es lo mismo, mientras se consolidaba la noción de lucha de clases, sostenía que las diferencias pecuniarias no eran problemáticas y que las fricciones entre los distintos grupos sociales podían amortiguarse mediante la aplicación de principios como la caridad o la resignación. También se tratará de probar que la condenación de la política, que tenía como meta denunciar los efectos nocivos de la aplicación de las ideas ilustradas y liberales, fue la reacción del escritor guadijeño -que creía que la resolución de los problemas que sacudían a las sociedades contemporáneas requería del rescate de valores tradicionales que podían encauzar el progreso por la senda del ordenante ante la sospecha de que la consolidación de la Restauración cerraba las puertas a la democracia, pero no al liberalismo político. Por último, se tratará de desarrollar la idea de que la obsesión por criticar el género que los historiadores de la literatura han bautizado como romanticismo subversivo prueba que Alarcón era consciente del papel político de la literatura y del incipiente debate sobre su función social, razón por la que identificó a los seguidores de esta corriente artística liberal como enemigos de su programa conservador.

En relación con esto último, se antoja necesario precisar que en este texto se parte de la idea de que, si bien es cierto que la literatura romántica francesa acabó identificada con el liberalismo, durante la primera mitad del siglo XIX no faltaron en las filas del romanticismo francés católicos, monárquicos o ultramontanos (PICARD, 2005: 13-16). En una línea similar, se considera errónea la imagen, heredada de la querrela calderoniana -que en los albores del siglo XIX enfrentó al absolutista Juan Nicolás Böhl de Faber con liberales neoclásicos como José Joaquín de Mora o Antonio Alcalá Galiano-, de que el romanticismo español fue un movimiento literario intrínsecamente cristiano y conservador (SEBOLD, 1983: 45-58). En todo caso, esta disputa, en el seno de la cual Böhl de Faber y sus seguidores quisieron ver un espíritu católico y monárquico en el teatro del Siglo de Oro, al que aplicaron el marchamo de romántico, contribuyó a la definición y difusión de un romanticismo tradicionalista que, si bien no agotó la riqueza de matices del romanticismo español, sí fue destacadísimo (CARNERO, 2022).

2. IDEALIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES RURALES Y SEMIRRURALES Y RETRATO PESIMISTA DE LAS CIUDADES

Aunque en la mayoría de sus novelas trató de mantener en secreto el nombre de las poblaciones en las que sucedía la trama o les asignó nombres ficticios, para cualquier lector avezado resulta evidente que éstas se desarrollan en tierras accitanas, harto conocidas por un Alarcón que cubrió en decenas de ocasiones la distancia que separa Guadix de Granada (RODRÍGUEZ, 2012: 183). En consecuencia, aunque novelas como *El escándalo* o *El Capitán Veneno* se desarrollan casi íntegramente en Madrid, no fue extraño que el escritor guadijeño retratara sociedades rurales y semirrurales en las páginas de sus obras. Rurales porque, como se verá, algunas de sus narraciones tienen lugar en cortijos y pequeñas villas enclavadas en las sierras andaluzas. Semirrurales porque, desde hace décadas, varios trabajos han apuntado que, hasta bien avanzado el siglo XX, poblaciones como Guadix podrían ser definidas como agrocidades. O lo que es lo mismo, como localidades cuya fisonomía, densidad poblacional y funciones administrativas serían las propias de un núcleo urbano, pero en las que la mayoría de la población se dedicaría a labores agrarias, circunstancia que las ligaría íntimamente con el mundo rural (DRIESSEN, 1981: 9-10).

En sus primeros relatos breves poblaciones -en este caso reales- como La Peza o Aldeire recibieron una de cal y otra de arena, pues, aunque elogió su resistencia a ultranza frente al invasor, también dotó a sus gentes de rasgos más simiescos que humanos y dibujó estas villas como enclaves aislados e indiferentes a los adelantos civilizatorios. De hecho, llegó al punto de afirmar que, mediado el siglo XIX, en estas poblaciones aún moriscas existían «todas las maravillas del África meridional» (ALARCÓN, 1972: 16 y 2005: 583-584). Parece evidente que, durante sus primeros años como escritor, Alarcón veía las estribaciones de las sierras granadinas con la misma mirada orientalista con la que interpretó el norte de

Marruecos como un lugar exótico, en que el encanto y la barbarie se daban la mano (GONZÁLEZ, 2004: 20-22).

Sin embargo, conforme fluctuó hacia una posición reaccionaria su valoración del mundo rural se inclinó hacia el idealismo. De hecho, cuando en *La Pródiga* (1882) dibujó un valle del Abencerraje en el que no se celebraba el Carnaval, no se reunían las tertulias y la mayoría de los labradores no eran capaces de reconocer un periódico, su involución política había concluido y, en consecuencia, estaba lejos de criticar un inmovilismo que anclaba a los pobladores rústicos a referentes religiosos tradicionales y los alejaba de las novedades derivadas de la Ilustración y el liberalismo. Parece indudable que, culminada su deriva conservadora, ya no relacionaba la tradición con la barbarie, ni consideraba la ignorancia un síntoma de atraso. Como consecuencia de esto, Alarcón identificaba la ciudad como foco corruptor de un mundo rural en el que las buenas costumbres se mantenían incólumes. Así lo hizo, por ejemplo, en *La Pródiga*, obra en la que denunció que en sus correrías electorales los candidatos llegados desde Madrid no se conformaban con devorar las mejores provisiones de los alcaldes y notables de las sierras granadinas, sino que divulgaban «perturbadoras especies madrileñas» que iban en detrimento de los «antiguos respetos sociales» de los campesinos andaluces (ALARCÓN, 1893: 11-12).

En varias de las novelas de Alarcón es posible encontrar un enfrentamiento entre el mundo urbano y los espacios rurales que casi siempre se saldaba a favor de estos últimos. Volviendo nuevamente a *La Pródiga*, cabe destacar que en ella el joven político Guillermo de Loja elogiaba el viejo palacio donde moraba la hermosa Julia, así como las modestas viviendas rústicas y las parras y arboledas del cortijo del Abencerraje, hasta el punto de ponderarlas superiores en todo a lugares como la Puerta del Sol o el Salón de Conferencias del Congreso de los Diputados (ALARCÓN, 1893: 28). En esta contraposición entre campo y ciudad el mundo rural también parece anotarse un triunfo simbólico en *El escándalo* (1875). Y es que, concluida su conversión, Fabián Conde decide no permanecer en la Corte, tirar por la borda su carrera política y diplomática y partir hacia la casa de campo en la que había pasado la mayor parte de su infancia. No es casualidad que el protagonista, ganado por el padre Manrique, Lázaro y Gabriela para la causa del bien, encontrase un espacio propicio para el desarrollo de sus nuevos valores lejos de un Madrid cada vez más desnaturalizado. No obstante, en el epílogo de esta novela el aragonés Jaime de la Guardia llegaba a sorprenderse por haber conocido a personajes como Lázaro o el padre Manrique en un «Madrid que yo creía enteramente dado al diablo» (ALARCÓN, 1875: 387-389).

En realidad, la crítica de la ciudad fue un tópico recurrente en la literatura conservadora de esta época. De hecho, en la obra de José María de Pereda la confrontación entre urbe y aldea fue uno de los temas más explorados. Únicamente a modo de ejemplo, en *Pedro Sánchez* (1883) la llegada del protagonista a la capital de España suponía una ocasión propicia para que el escritor polanquino la definiese como un lugar dominado por el despilfarro, la galantería y el vicio. De hecho, Madrid actuaba en esta obra como foco irradiador de corrupción, pues cuando Pedro Sánchez era nombrado gobernador provincial importaba a

la capital de provincia el lujo y la ostentación de los que había disfrutado en la Corte (GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, 2012). También Emilia Pardo Bazán (BURDIEL, 2019) trazó varias de sus obras en torno a dos ejes espaciales diferenciados: el rural gallego y el urbano madrileño. En sus escritos, Madrid era una ciudad sumida en un proceso de modernización e industrialización que conllevaba la pujanza del materialismo y el debilitamiento de la moral. Frente a este espacio en decadencia, el pazo podía operar como reserva del honor familiar, la verdad y los valores tradicionales. Así, en la comedia dramática *Cuesta Abajo* (1906), Madrid, ciudad dominada por los casinos, las veladas, los espectáculos taurinos o los centros de negocios, era confrontada con Castro Real. Mientras que la primera se erigía sobre un entramado de apariencias, ociosidad, clasismo, impiedad e inmoralidad, en el segundo imperaba el respeto a la tradición, a la honorabilidad y al linaje familiar (RIBAO, 2012).

En las novelas conservadoras, Madrid ofrecía al resto del país un ejemplo poco recomendable e incluso contagioso, pues como capital del Estado contribuía a introducir disfunciones en el desarrollo social y político del mundo tradicional (MILLER, 1988). Otro tanto de lo mismo ocurriría con urbes como París, que Alarcón visitó en varias ocasiones a lo largo de su vida. En su primer viaje a Francia el escritor guadijeño se deshizo en elogios hacia el país vecino y confesó haber quedado deslumbrado por la *Ville lumière* (MORILLO, 2015). Sin embargo, apenas unos años después considerará que París, devorada por el materialismo, exhibía sin pudor la inmoralidad característica de una nación decadente (CANALS, 2016: 98). Su admiración por Francia rápidamente se convirtió en galofobia, del mismo modo que sus veleidades liberales e incluso republicanas terminaron trocándose en una defensa de postulados tradicionalistas y su lectura del romanticismo abandonó a lord Byron o Víctor Hugo para inspirarse en el vizconde de Chateaubriand o Fernán Caballero. En consecuencia, París, como máximo exponente urbano de la cultura francesa, no podía dejar de convertirse, en el pensamiento alarconiano, en una ciudad entregada a los ideales revolucionarios, el materialismo y el sensualismo (RODRÍGUEZ, 2012: 193; CAUDET, 1999: 267).

3. SOCIEDAD TRADICIONAL Y RELIGIÓN CATÓLICA COMO REMEDIO A LA LUCHA DE CLASES

La idealización de las comunidades rurales y semirurales del entorno accitano formaba parte del intento de Alarcón de defender el orden social tradicional y contribuir a construir una sociedad que se rigiese por normas católicas y conservadoras. En esta línea, cuando pintó las aldeas granadinas como lugares que aún no se habían visto afectados por la llegada de las mismas ideas extranjeras que ya campaban a sus anchas en las grandes ciudades españolas, no lo hizo como consecuencia de un estudio detenido de las sociedades que en ellas habitaban. Cuando presentó estos enclaves rurales y semirurales como espacios en los que aún existían sociedades preliberales en las que las relaciones entre las distintas clases no eran conflictivas, lo hizo embargado por una nostalgia romántica hacia

el Antiguo Régimen, que ya sufría sus últimas convulsiones cuando Alarcón dio sus primeros pasos y España se desangraba debido a la Primera Guerra Carlista (1833-1840). Pero, como se tratará de probar en las siguientes páginas, cuando el escritor guadijeño idealizó sociedades tradicionales como las de las Alpujarras, también lo hizo movido por la certeza de que era precisamente en ellas donde podía encontrarse el antídoto a los problemas que sacudían a las sociedades contemporáneas.

En relación con las clases subalternas, no cabe duda de que Alarcón criticó a quienes, dejándose llevar por la ambición, consagraban su vida a perseguir el ascenso social. De la misma forma en que ridiculizó al mariscal Joaquín Murat por atreverse a ceñir la corona de Nápoles pese a haber nacido hijo de un posadero (ALARCÓN, 1973: 193), en la novela *El escándalo* contrapuso a Lázaro y Diego. Mientras el primero, descendiente de la aristocracia, destacaba por su hermosura, su porte y una «instrucción que revelaban sus modestas y sobrias observaciones», el segundo, un pobre expósito, adolecía de un físico imperfecto, ignoraba las convenciones sociales y «no le debía ninguna elegancia ni a la naturaleza ni al arte». Por un lado, la contraposición de los dos amigos de Fabián le permitía explorar cuestiones morales. Por otro, la confrontación de ambos vecinos de Madrid era una ocasión propicia para naturalizar toda una serie de diferencias que, únicamente porque se había dejado llevar por la ambición, habían puesto celoso a Diego, que envidiaba a las élites sociales por disfrutar de una riqueza y de unos atributos con los que él ni siquiera podía soñar (ALARCÓN, 1875: 69-70).

Si Alarcón censuró el inconformismo de Diego, que terminaba muriendo por un exceso de bilis, no cabe duda de que se deleitaba con la conducta del tío Antonio, capataz que en la novela *La Pródiga* se resistía a comprar el cortijo de Julia por considerar que todo lo que él había llegado a poseer se lo debía a los antepasados de ésta. Parece evidente que el escritor guadijeño aplaudía modelos de mansedumbre como el que podemos encontrar en el tío Antonio, que no deseaba otra cosa que poner su dinero, su ganado, sus aperos e incluso su sangre al servicio de la heredera de sus señores. Otro ejemplo de personaje perteneciente a las clases inferiores que se conformaba con su suerte puede encontrarse en el relato breve titulado *El asistente*, en el que Alarcón dio testimonio de la fidelidad con que García se comportaba con el ingrato capitán al que auxiliaba (ALARCÓN, 1893: 15-20). Esta narración resulta de gran interés, pues en ella se exponía que había sido gracias al sacrificio de García como el capitán había tomado conciencia de la importancia de regalar a los subalternos dóciles con una actitud paternalista. O dicho con sus propias palabras: ahora, «en vez de aspirar a que tiemblen ante mí y me crean un ser de especie superior a la humana, sólo deseo ser como un padre de todos ellos» (ALARCÓN, 1972: 99-100). Por tanto, gracias a la heroica abnegación de su antiguo asistente, el capitán había descubierto cuál era el deber de los miembros de las élites sociales.

En su obra Alarcón demostró que estaba dispuesto a premiar a los campesinos que, como el tío Buscabeatas de *El libro talonario*, se destacaban por su laboriosidad hasta el punto de establecer una relación casi afectiva con el fruto de su trabajo (ALARCÓN, 1972: 148-155). También resulta evidente que estaba dispuesto a

celebrar a un campesinado ignorante que, en vez de contar el tiempo en base a la formación de gabinetes, la apertura de las Cortes, las revoluciones, los motines o la firma de Constituciones, no sabía en qué siglo vivía, pues sus cómputos giraban en torno a datos relativos a su propia existencia, a las fiestas religiosas o a episodios destacables de la vida agrícola (ALARCÓN, 1972: 168-175). Sin embargo, no hay que olvidar que el escritor guadijeño también llegó al extremo de deshumanizar a personajes pertenecientes a los estratos más bajos de la sociedad. Así ocurría, por ejemplo, en el caso de la sirvienta gallega que aparecía en *El Capitán Veneno* (1881), cuyo simplismo, egoísmo y cobardía eran tan cómicos como apabullantes (ALARCÓN, 1918: 11-12).

Del mismo modo, Alarcón tampoco celebraba a las élites *per se*. De hecho, su retrato de la aristocracia no siempre fue positivo y en algunos de sus escritos no dudó en castigar a los magnates que incumplían con sus deberes. A modo de ejemplo, en *¡Buena pesca!* el barón Jaime de Mequinenza era asesinado por uno de sus vasallos, que olvidaba el respeto por su señor al descubrir que éste mantenía una relación adúltera con su esposa (ALARCÓN, 1972: 101-110). Asimismo, en las críticas a los jóvenes calaveras que aparecen en novelas como *El escándalo* o relatos como *El coro de ángeles* se advierte una denuncia a los miembros de las clases pudientes que, con su disparatado tren de vida, daban alas a la cuestión social, no empleando su influencia y poder económico para disuadir a los más humildes de entregarse a aventuras revolucionarias. Sin embargo, mucho más frecuentes fueron las críticas a los grupos sociales enriquecidos en los periodos posteriores a la revolución liberal. Como se desarrollará a continuación, a las élites histórica y tradicionalmente legítimas las consideraba Alarcón pilares de la vida comunitaria y apoyos fundamentales para los desvalidos en momentos de necesidad. Sin embargo, esto no ocurría con unos grupos sociales arribistas que acostumbraba a relacionar con la avaricia y la especulación.

En *El niño de la bola* (1880) Alarcón afirmó que, aun arruinado, Rodrigo Venegas nunca se había planteado «comerciar, crear industrias [o] montar fábricas», pues éstas habrían sido labores impropias de caballeros andaluces, que en palabras del escritor guadijeño parecían «nacidos, a lo que se veía, para recordar paseándose las glorias y trabajos de sus mayores, para gastar alegremente y muy de prisa todo lo que éstos agenciaron, y morirse luego de hambre». Si bien es cierto que no parecía compartir el *modus vivendi* de la pequeña aristocracia andaluza, no cabe duda de que sus principales censuras se dirigían hacia sujetos advenedizos como Elías Pérez. De hecho, a Rodrigo Venegas le reconocía, cuanto menos, los servicios que había realizado en pro de la patria y el cariño que le profesaba todo el pueblo, del que no podía gozar alguien que, como el usurero al que en *El niño de la bola* todos llamaban Caifás, se dedicaba a medrar gracias al dolor ajeno (ALARCÓN, 1880: 30-34). En este punto el romanticismo alarconiano se parecía mucho al cultivado por Fernán Caballero (COMELLAS, 2010), que también atacó a las nuevas élites por considerarlas íntimamente ligadas con el materialismo (DUQUE, 1997: 153-158). Como veremos en las próximas páginas, Alarcón también seguía un razonamiento parecido al de Pereda, que consideraba que las élites históricas siempre habían mantenido una relación mutuamente beneficiosa con

el campesinado, siendo la explotación un factor introducido por las nuevas élites liberales (GARRIDO, 1995: 252).

La Pródiga es la novela en la que más claramente se puede observar la organización social preferida por Alarcón. Como era de esperar, situaba este modelo de sociedad ideal en el mismo medio rural y semirural que, también en sus libros de viajes, estaba poblado por comunidades resignadas a la pobreza, ajenas a las reivindicaciones proletarias y refugiadas en una religiosidad tradicional (CANALS, 2016: 105). En *La Pródiga*, gran parte de la trama transcurre en una pequeña población rural cuyos modestos habitantes responden a los designios de una aristócrata -Julia- que, pese a que no cuenta con dinero, fincas o colonos, goza de la sumisión de todos los labradores, a los que a su vez obsequia con auxilios materiales y espirituales en momentos de aflicción (ALARCÓN, 1893: 15-20). Al tiempo que recomendaba a las clases populares trabajar con tesón, parece evidente que Alarcón también presentaba a las élites rurales como garantes de su situación económica. En consecuencia, la relación entre élites y clases subalternas que defendía el escritor guadijeño era simbiótica, pues consideraba que para el mantenimiento del orden social sólo era necesario que las primeras cumpliesen con sus deberes de clase y se adaptasen a las convenciones sociales y que las segundas aceptasen su lugar en el mundo con resignación cristiana.

De acuerdo con todo lo anterior, resulta completamente lógico que la actitud de los habitantes del cortijo del Abencerraje cambiara desde el mismo momento en el que Julia y Guillermo de Loja comenzaban a vivir bajo un mismo techo sin haber contraído matrimonio (ALARCÓN, 1893: 255-257). A partir de entonces, los mismos vecinos que siempre se habían mostrado extraordinariamente solícitos con sus líderes naturales comenzaban a comportarse de forma esquiva, trocando el trato reverencial con que obsequiaban a Julia por un temor y una desconfianza que llegaba a su máximo exponente en las escenas en que los niños del cortijo identificaban a Guillermo con el demonio y el párroco les negaba la posibilidad de ejercer como padrinos en una boda. En este contexto, Julia exhortaba a Guillermo a prescindir de la opinión pública, pero parece evidente que Alarcón no desaprobaba el comportamiento de un público rural que, en esta novela, ejercía de guardián de la moral cristiana.

De esas élites a las que confería un papel rector que no debían rechazar, Alarcón esperaba una rectitud que puede encontrarse en la figura de Lázaro, hijo del marqués de Pinos y de la Algara. En *El escándalo*, Fabián Conde se daba cuenta de que éste era tratado por los mismos vecinos a los que auxiliaba en todo cuanto podía con un cariño y una admiración con los que él apenas podía soñar. De hecho, incluso el padre Manrique terminaba sorprendiéndose del amor que sus vecinos sentían por Lázaro, lo que en realidad podría explicarse porque, «a pesar de lo que se reserva para ejercer la caridad, no hay quien ignore que gasta sus rentas en limosnas» (ALARCÓN, 1875: 300-302 y 350-351). De esta forma, Lázaro se erigía en representante de unas élites en las que el escritor guadijeño encontraba respuesta a los crecientes problemas sociales, pues, a cambio de un sostén material regulado por la tradición y ligado a la concepción cristiana de la caridad, el cuarto estado naturalizaba la diferencia patrimonial, que dejaba de tener un carácter

intrínsecamente negativo. En consecuencia, resignación y desprendimiento eran señalados como los factores que podían acabar con la lucha de clases y con la violencia entre ricos y pobres, uno de los aspectos de la modernidad que más alarmaba a los conservadores.

Como ocurriría casi un siglo después, en este caso en un debate nacido en el seno de la antropología, Alarcón defendió que la existencia de obligaciones interpersonales y el respeto de las convenciones sociales era la clave para el mantenimiento del orden. Además, parece razonable creer que el escritor guadijeño habría suscrito el pensamiento de Pitt-Rivers, que planteó que las amistades asimétricas nacidas del clientelismo hicieron posible que las relaciones de los cortijos y los «agrotowns» o de los propietarios y los jornaleros fuesen más o menos simbióticas (PITT-RIVERS, 1954: 140-155). En sus trabajos, este antropólogo británico apuntó que, en estas sociedades, el conflicto se originaba cuando los grandes propietarios se desentendían de su rol social. Con ello, olvidó dos factores que también están ausentes en la obra de Alarcón y que han sido traídos a colación por otros investigadores cuyos trabajos también se centran en el mediodía peninsular. En primer lugar, que en la campiña andaluza la mayor parte de la fuerza laboral no era permanente, razón por la que buena parte del proletariado quedó excluida de las redes de influencia tejidas por las élites latifundistas, que establecieron con estos jornaleros relaciones laborales que no se fundaban en el patronato, sino en el ánimo de lucro (MARTÍNEZ, 1971: 289-315). En segundo lugar, que el hambre de tierras y los bajos salarios alimentaron un imparable antagonismo de clase excitado por la creciente desigualdad (CORBIN y CORBIN, 1984: 102-115).

En otro orden de cosas, en varios de sus escritos Alarcón no escatimó aplausos al clero. La crítica coetánea dedicó grandes dosis de atención al padre Manrique, religioso jesuita que orientaba los pasos de Fabián Conde en *El escándalo*. En pleno *Kulturkampf* (1871-1878), el comportamiento de este personaje y su relación con Fabián hacía patente el deseo del escritor guadijeño de que la Iglesia católica ejerciese un control moral sobre la vida social (LÓPEZ, 2014: 180-183). Cabe señalar que, en realidad, el caso de Alarcón no fue excepcional, pues literatos procedentes del liberalismo como Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce o el mismo Alas Clarín también terminaron reclamando a la Iglesia católica que sometiera a la esfera social a un renovado examen moral. Con todo, me parece aún más interesante la figura de Trinidad Muley, personaje que en *El niño de la bola* es descrito como «uno de aquellos curas a la antigua española», que no se habían dejado influir por las ideas llegadas desde el extranjero, no sabían nada de filosofía, no conocían más que lo necesario de teología y latín y que más que con pensamientos elevados estaban familiarizados con «la práctica real y efectiva de todas las virtudes cristianas». Precisamente porque estos clérigos estaban habituados a auxiliar al cuarto estado cuando sus integrantes tenían hambre, enfermaban o envejecían, Alarcón aseguraba que nunca habían perdido el apoyo popular. En realidad, lo que aquí importa es que el escritor guadijeño también identificaba a estos religiosos como amortiguadores de la lucha de clases y salvaguarda del orden público, pues llegaba a afirmar de Trinidad Muley que era capaz de reconciliar a

las clases inferiores con las pudientes cuando la carestía de los alimentos llevaba a las primeras al borde del motín (ALARCÓN, 1880: 45-49).

4. CRÍTICA A LA POLÍTICA LIBERAL Y DEFINICIÓN DE UN BIEN COMÚN CONTRARREVOLUCIONARIO

En el conjunto de su obra Alarcón tuvo la ocasión de presentar a numerosos políticos. En líneas generales, empleó términos negativos para dibujar a todos ellos, sin importar el periodo en el que ejercieran sus cargos. Así, en *El sombrero de tres picos* (1874), novela cuya acción tiene lugar en un periodo inmediatamente anterior a 1808, no sólo denunció la prostitución que de las instituciones del Antiguo Régimen hacía el corregidor, sino que también cuestionó la probidad de Juan López, alcalde de la demarcación rural en la que se alzaba el molino del tío Lucas. En este punto, el escritor guadijeño no dejó demasiado espacio a la imaginación, pues retrató a este «alcalde de monterilla» como «un jugador, un borracho y un sinvergüenza, muy amigo de faldas, que trae escandalizado el pueblecillo» (ALARCÓN, 1988: 82-83 y 90). Asimismo, en el relato titulado *Moros y cristianos* Alarcón presentó al alcalde de Aldeire como un personaje que era tachado de francmasón por su propia esposa y se aprovechaba de su cargo como magistrado durante el Trienio liberal (1820-1823) para arrendar tierras pertenecientes al municipio en condiciones muy ventajosas (ALARCÓN, 2005: 584-587).

Por otra parte, *La Pródiga* contiene una crítica a la política española durante el periodo isabelino, que Alarcón conocía de cerca puesto que en dicha etapa había sido diputado a Cortes por la Unión Liberal. Entre otras cosas, denunció que los diputados marchaban a Madrid habiendo contraído compromisos que no sólo podían estorbar su camino hacia la gloria, sino que también podían contrariar los intereses de la patria. Asimismo, también apuntó que los ministros no eran elegidos por sus habilidades, hasta el punto de que en esta novela se designaba como tal a un político del que el mismo presidente del Consejo confesaba que no sabía hablar ni discurrir (ALARCÓN, 1893: 85-86 y 168-169). Por otro lado, Alarcón empleó a dos personajes secundarios -Miguel y Enrique- para retratar a los políticos mediocres y ambiciosos que siempre orbitaban en torno a quienes, por ostentar el poder, podían satisfacer su codicia. Había, en fin, una crítica al sistema político liberal y a sus élites que igualmente podemos encontrar en la obra de Pereda, novelista que también fue elegido diputado, en este caso en las filas del carlismo, durante el Sexenio Democrático (GARCÍA, 1991: 149-150). Su sátira de la política contemporánea en *Los hombres de pro* (1888) llegó a irritar a su, por otro lado, gran amigo Benito Pérez Galdós, que le acusó de escribir «despojándose de toda imparcialidad, y arrojando pesadas burlas y sañudos anatemas, no sobre los hombres políticos, sino sobre su sistema político» (BARBIERI, 1996-1997).

Frente a esta visión crítica de la política, que no solamente afectaba a alcaldes y a diputados, sino que también alcanzaba a secretarios de ayuntamiento como el que en *El sombrero de tres picos* era tachado de ladrón y borracho (ALARCÓN, 1988:

67), Alarcón parecía dibujar un modelo de político en *El carbonero-alcalde*. Y es que Manuel Atienza no sólo comandaba heroicamente a sus vecinos en la resistencia contra los franceses, sino que quebraba la vara de alcalde y se precipitaba por un barranco para evitar rendir la villa de La Peza a los ejércitos imperiales (ALARCÓN, 1972: 23-24). En realidad, el retrato de este personaje histórico también puede ser considerado como una crítica a la política, pues con su piel requemada y ennegrecida por los años de ejercicio como carbonero Manuel Atienza podía ser considerado cualquier otra cosa antes que un político *strictu sensu*. Asimismo, también puede ser entendido como una nueva alabanza hacia las pequeñas poblaciones que, impermeables a la llegada de la política y las ideas ilustradas, se gobernaban de acuerdo con una estructura social inalterable y en base a una idea inmutable del interés común.

Al menos superficialmente, el retrato que Alarcón realizó del Antiguo Régimen parece ambivalente. Ciertamente, el escritor guadijeño aplaudió el *modus vivendi* apegado a las costumbres tradicionales y alineado con los dictados religiosos característicos de esta época. Asimismo, tampoco pareció tener problema alguno con la desigualdad ante la ley -que llegó al extremo de calificar como pintoresca- o la ausencia de libertad política que entonces imperaba. Sin embargo, en algunos de sus escritos criticó la proliferación de nuevos tributos durante las postrimerías del Antiguo Régimen. En todo caso, lo más relevante es que la obra de Alarcón parece problematizar el hecho de que los antiguos pobladores de España fuesen «gobernados simultáneamente por insignes Obispos y poderosos Corregidores». No obstante, en *El sombrero de tres picos* el escritor guadijeño retrató a un prelado de conducta intachable, pero también introdujo la figura de un corregidor que no tenía reparos en abusar de su posición con el objetivo de mantener relaciones carnales con la esposa de un molinero (ALARCÓN, 1988: 37-38).

Con todo, en esta misma novela Alarcón se inclinó por la nostalgia hacia un periodo del que le atraían tanto la monotonía y sencillez de la vida como el orden político y social o el carácter indiscutible del principio de autoridad (MONTESINOS, 1977: 194-198). De hecho, en ella terminó entonando el *mea culpa* por haber participado durante su infancia y juventud en las pantomimas que habían contribuido a escarnecer las llamativas prendas del corregidor de Guadix -un descomunal sombrero de tres picos y una capa grana-, que con el paso de los años se habían convertido en «una especie de caricatura retrospectiva de su poder» o de «espectro del Absolutismo» (ALARCÓN, 1988: 56). En lo que podría parecer una contradicción, Alarcón realizó esta afirmación en *El sombrero de tres picos*, novela en la que son varios los pasajes en los que hizo burla del corregidor, bien fuese haciéndole perder los nervios y amenazar a todo sus vecinos con el patíbulo, bien fuese convirtiéndolo en objeto de numerosos golpes accidentales o bien fuese haciendo patente que estaba dispuesto a arrastrar su autoridad si ello le permitía conquistar a Frasquita o evitar una reprimenda de su consorte.

Sin embargo, esta aparente contradicción no era tal, pues en realidad Alarcón no criticaba el Antiguo Régimen, sino el hecho de que éste hubiese quedado desnaturalizado por la introducción de ideas ilustradas y el advenimiento de nuevas instituciones políticas. En cuanto a estas últimas, siempre aparecían

dotadas de un carácter negativo y ajeno a la comunidad rural incluso a nivel municipal. En realidad, la oposición a la llegada de la política al medio rural no era una peculiaridad del escritor guadijeño. De hecho, es fácil encontrar apuntes similares en las novelas de Pereda, de quien el mismo Marcelino Menéndez Pelayo aseguró que, en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1878), hizo patentes los nefastos efectos de la llegada de la política a las pequeñas aldeas cántabras.¹ En cuanto a las críticas a la Ilustración, *El sombrero de tres picos* contiene varias cargas de profundidad contra los afrancesados, que Alarcón relacionó en más de una ocasión con Gaspar Melchor de Jovellanos, político ilustrado que en realidad nunca se alineó con el ejército intruso (LÓPEZ, 2008: 214-215). En todo caso, la identificación de la Ilustración con el deísmo y el liberalismo se hizo especialmente patente en *El niño de la bola*, novela en la que un personaje definido como «moderado o jovellanista» interrumpía a don Trajano para recordarle que los jóvenes republicanos y anticlericales que se reunían en la botica del pueblo eran sus legítimos herederos, pues también ellos habían sido partidarios de la Razón y el Ser Supremo durante su juventud (ALARCÓN, 1880: 355).

En sus novelas y relatos Alarcón no se limitó a criticar los frutos de la Ilustración y el liberalismo o a impugnar la política contemporánea y sus consecuencias. Todo lo contrario: el escritor guadijeño también dedicó varios pasajes de sus obras a definir cuáles debían ser las aspiraciones que debían regir la reforma de la sociedad española y cuál era el concepto de bien común que debía guiar la actuación de las diferentes clases sociales. A modo de ejemplo, en *El sombrero de tres picos* (1874) dejó claro cuál era la clase de igualdad a la que, en su opinión, debía aspirar el pueblo. En esta obra Alarcón describió las tertulias que se congregaban en el molino del tío Lucas como reuniones en las que imperaba una «igualdad verdaderamente democrática», pues en ellas participaba la pareja de molineros, pero también el corregidor, varios abogados, algunos clérigos e incluso el obispo (ALARCÓN, 1988: 75). Todo parece indicar que lo que defendía era una idea de democracia fervientemente antidemócrata, en la que la búsqueda del bien común no pasaba por conquistas revolucionarias como el derecho a sufragio o la ciudadanía, sino por la armonización de las relaciones entre grupos sociales naturalmente desiguales.

Cuando publicó esta novela (1874), la ocupación del poder por parte del general Francisco Serrano permitía dar por finiquitada la experiencia revolucionaria inaugurada en 1868, pero a Alarcón no se le escapaba la supervivencia de una profunda división ideológica que impedía la recuperación del consenso social que, en su opinión, había imperado en los tiempos en que el orden tradicional armonizaba los intereses de las distintas clases (LÓPEZ, 2014: 168). En respuesta a todo esto, defendió una *democracia espiritual* que se fundaba en la igualdad de propósitos entre propietarios y plebeyos, que más allá de metas de corte político o económico tendrían como objetivo común salvaguardar la tranquilidad de las conciencias. Dicho de otra forma, Alarcón consideraba que el principal objetivo de la vida humana no era la búsqueda de la felicidad, que en su opinión estaría

¹ MENÉNDEZ PELAYO, M.: «Noticias literarias», *La Ilustración Española y Americana*, 28-II-1879.

ligada a la concupiscencia y el materialismo, sino la salvación del alma. Este planteamiento, que convertía al catolicismo en garante del orden, pues implicaba que sólo éste podía asegurar la sumisión de los humildes y el cumplimiento de la responsabilidad social de los ricos, le llevó a defender una concepción ascética de la vida (DORCA, 2002; LÓPEZ, 2012: 29-30).

Que el objetivo último de toda acción humana debía ser la salvación del alma ya lo sugirió en el relato *Las dos glorias*, en el que retrató a un religioso que renunciaba a la celebridad que le habría otorgado su maestría con el pincel por la convicción de que la mejor forma de asegurarse la verdadera inmortalidad era vestir la cogulla (ALARCÓN, 1972: 111-117). También en *El escándalo* reivindicó una concepción espiritual de la existencia, denunció la naturaleza perecedera de los bienes materiales y criticó el carácter efímero de las reivindicaciones sociales. Sin embargo, el mismo Alarcón reconoció que, en un periodo histórico marcado por la expansión del materialismo, era difícil que el público entendiese la decisión de llevar una existencia ascética. Por un lado, este reconocimiento demuestra que era consciente de que el siglo XIX había supuesto un retroceso del papel de la religión católica en el gobierno de las sociedades occidentales (ALARCÓN, 1875: 330-331; LÓPEZ, 2014: 173-174). Por otro, hace patente que él mismo dudaba de las posibilidades de éxito de su remedio a la crisis social y política, que pasaba por la reconstrucción de un orden tradicional idealizado en el que élites y clases subalternas aceptaban sus responsabilidades sociales con generosidad y resignación bajo la premisa de que ésta era la única manera de garantizar la supervivencia de sus almas y la salvación de la sociedad.

5. CRÍTICA AL ROMANTICISMO SUBVERSIVO DESDE EL ROMANTICISMO TRADICIONALISTA

Ante la certeza de que numerosos cambios sacudían a la sociedad finisecular, no fueron pocos los novelistas españoles que, durante los primeros lustros de la Restauración, se decantaron por el género naturalista recién llegado desde Francia. Sin embargo, también hubo literatos que, aun siendo conscientes del calado de estas transformaciones, se inclinaron por opciones más acordes a una cosmovisión y a unos intereses políticos de corte conservador, como el costumbrismo o el romanticismo tradicionalista y schlegeliano. Unos y otros participaron del debate que en las últimas décadas del siglo XIX trató de dilucidar cuál era la función social de la literatura. En relación con esto, tanto en su *Discurso de ingreso en la Real Academia Española* (1877) como en su *Historia de mis libros* (1884) Alarcón aseveró que sus obras tenían una intención moralizadora. De hecho, el escritor guadijeño llegó a ufanarse de que nada de lo que escribía contravenía las buenas costumbres o se oponía a la doctrina católica (GÓMEZ, 1991). Con ello, se unía a un granado grupo de intelectuales que, como Cándido Nocedal (1821-1885) o Joaquim Rubió i Ors (1818-1899), no respondieron al éxito de novelas que criticaban la desigualdad social o el orden moral conservador anatemizando al

género literario en su conjunto, sino que se propusieron combatirlos con trabajos con un marcado sabor católico y moralizante (FRADERA, 2003: 212-215; MÍNGUEZ, 2017: 131).

Alarcón no dudó en tachar a los naturalistas de «mano sucia de la literatura», pero sus relatos y novelas revelan una especial animadversión hacia los cultores de un género romántico diametralmente opuesto al tradicionalista o schlegeliano que él practicaba. De hecho, fueron muchas las ocasiones en las que denunció los valores del género que algunos estudiosos han calificado como romanticismo subversivo (CANTERO, 2021: 53-54; SHAW, 1999: 21-22; FLORENSA, 1991: 65-67). Para ello, uno de los recursos empleados por el escritor guadijeño fue diseñar personajes que eran acérrimos admiradores de dicho género. Sin duda, el caso más paradigmático es el de Julia, personaje del que Alarcón afirmó que buscaba «parecerse a algunas heroínas de Jorge Sand y a esta misma escritora» y gustaba de «soñar con héroes como los de lord Byron, o como lord Byron mismo». De hecho, la protagonista de *La Pródiga* era presentada como una mujer «prendada de la siniestra figura social y literaria de lord Byron, a quien hubiera amado frenéticamente, caso de vivir en su tiempo». Tampoco parece inocente el hecho de que, en esta novela, Julia fuese dibujada como patrocinadora de una rebelión griega en la isla de Creta, pues con ello se trazaba un claro paralelismo entre su personaje y lord Byron (1788-1824), que en los últimos años de su vida trató de promover la independencia helena (ALARCÓN, 1893: 149-154).

En los últimos compases de *La Pródiga*, Julia se convencía de que, para que Guillermo de Loja accediera a marcharse del cortijo del Abencerraje y retomara su carrera política, no tendría otro remedio que suicidarse. Justo entonces la protagonista de la novela recordaba que su hermano se quitó la vida tras asegurar que, si creyera en Dios, se recluiría en un convento. En este pasaje el deseo de Alarcón de castigar a ciertos escritores románticos resulta evidente, pues Julia llegaba a dar el paso de culpar a «los poemas del terrible Byron» de haberla arrastrado al abismo de la duda. Es más, reconocía que esa misma incredulidad era la que la había convertido en enemiga de las convenciones sociales, pues para ella no tenía sentido respetar las leyes humanas si no creía en los preceptos divinos que las fundamentaban (ALARCÓN, 1893: 366-369). Por otro lado, cabe destacar que en *El niño de la bola* Manuel Venegas también reconocía haber perdido la fe como consecuencia de «lo que he visto en pueblos de diferentes religiones» y «lo que he leído en obras que no debieron escribirse», en lo que suponía una crítica al cosmopolitismo, la Ilustración y el romanticismo subversivo (ALARCÓN, 1880: 289-291).

También en *El niño de la bola* Alarcón dibujó a Luisa, una ilustrada aristócrata madrileña cuya presencia en la villa granadina en la que transcurría la novela sólo se explicaría por el hecho de que el escritor guadijeño deseaba emplear a este personaje con el objetivo de escarnecer los postulados románticos subversivos. Tras la marcha de Manuel Venegas, temporalmente convencido por Trinidad Muley de que no llevara adelante sus planes criminales, la joven cortesana llegaba a reconocer que, «si como cristiana se felicitaba íntimamente del buen término del asunto, como artista no podía menos de declarar que todo aquello era prosaico

y vulgarísimo». Su plática con don Trajano, hombre pudiente y culto que había sido afrancesado, admiraba a Moratín y cuyo progenitor había sido devoto de la *Enciclopedia*, no tiene desperdicio. En primer lugar, don Trajano apuntaba que, para ser un drama verdaderamente romántico, la historia de la que habían sido testigos necesitaría un par de crímenes, aunque aplaudía su desenlace cristiano. Cuando Luisa reponía que el arte no tenía nada que ver con el cristianismo, Trajano respondía que era el arte romántico el que no guardaba ninguna relación con la religión, pues era hijo de la soberbia y de la impiedad, no admitía más culto que el de la mujer y el de la venganza e idolatraba pasiones, afectos y «otras pobreza terrenales» (ALARCÓN, 1880: 353-354).

Como revela la lectura de sus obras, Alarcón atribuía a la *Enciclopedia* el incremento de la incredulidad. Asimismo, también establecía firmes lazos entre la razón ilustrada y el pensamiento revolucionario y entre los librepensadores nacidos durante el siglo XVIII y los escritores liberal-románticos que habían alcanzado la fama durante la siguiente centuria. Por tanto, no resulta sorprendente que, en relación con estos últimos, el escritor guadijeño asegurara que habían heredado de los librepensadores la incredulidad que les caracterizaba (ALARCÓN, 1875: 80 y 274-277). Como consecuencia de todo lo anterior, Alarcón no sólo veía en el romanticismo subversivo un estilo literario contrario a la religión católica y a las instituciones tradicionales, sino que, justamente porque estimaba que lord Byron y sus seguidores habían atentado contra éstas, el escritor guadijeño consideraba a los cultores de este género culpables de la creciente disolución de la sociedad. Precisamente por ello, en sus obras era frecuente que los jóvenes que no lograban adaptarse a las convenciones sociales fuesen ávidos consumidores de cierta literatura romántica. De hecho, los casos de Julia o de Manuel Venegas no eran ni mucho menos excepcionales. A modo de ejemplo, en el relato corto *Novela natural*, la joven aristócrata Juana López encontraba un libro de memorias en el que se podían reconstruir los desengaños amorosos y los reveses crematísticos que habían conducido a un joven procedente de Jaén a volarse la tapa de los sesos en plena Puerta del Sol. Sin duda, no es casualidad que estos escritos también evidenciaran que el joven suicida estaba completamente dominado por los valores del romanticismo subversivo (ALARCÓN, 1881: 81-108).

Dada la recurrencia con que en la obra de Alarcón se produjeron episodios similares, no resulta sorprendente que en *El escándalo* se atreviese a denunciar a los materialistas y otros «curanderos del espíritu» que, ante cualquier revés, recomendaban el desafío o el suicidio. En esta misma novela el padre Manrique señalaba que en la «farmacopea del antiguo régimen» podían encontrarse «remedios más heroicos y eficaces» (ALARCÓN, 1875: 267-268 y 274-277). Probablemente se refería a remedios como los aplicados por Trinidad Muley, pues no cabe duda de que contraponía al humilde clérigo que aparecía en *El niño de la bola* con los personajes que, influidos por las ideas románticas subversivas, estaban dispuestos a quitarse la vida si su interés amoroso o sus aspiraciones de ascenso social no prosperaban. No obstante, el escritor guadijeño apuntaba que el cura granadino estaba enamorado cuando tomó los hábitos, pero hubo de olvidar la idea de casarse y tener hijos porque sus siete hermanos quedaron huérfanos

y se le ofreció un curato y una renta generosa a cambio de ordenarse sacerdote. En una de sus pláticas este cura rural aseguraba que, pese al sacrificio de sus sueños, resignarse a los designios de la providencia y cumplir con su deber le había reportado una felicidad inconmensurable (ALARCÓN, 1880: 270-273).

Para Alarcón la felicidad era imposible para quien no contaba con la fe, que también era crucial para el mantenimiento del orden social tradicional y la redefinición de la noción de bien común de las sociedades contemporáneas. En consecuencia, no debería causarnos sorpresa su obsesión por atacar a los literatos alineados con el romanticismo subversivo. Sin duda, estos ataques eran extemporáneos, pues como bien afirmó un escandalizado Montesinos, si alguna vez Byron había supuesto un peligro para sociedad alguna, difícilmente ese momento sería el último cuarto del siglo XIX, cuando el poeta británico ya llevaba más de medio siglo muerto (MONTESINOS, 1983: 267-268). Sin embargo, nada de esto contuvo la acometividad de Alarcón hacia escritores en los que no veía a simples adversarios de su romanticismo tradicionalista. Y es que no hay que olvidar que, como Ramón de Mesonero Romanos, el escritor guadijeño veía el romanticismo subversivo como un movimiento literario culpable de amenazar la supervivencia del orden social y de erosionar la fe, clave de bóveda del programa político, social y moral que Alarcón difundía por medio de su obra literaria (MONTESINOS, 1977: 54-56).

6. CONCLUSIONES

Alarcón era consciente de que a las turbulencias políticas y económicas que sacudían España había que añadir la agitación social derivada del desarrollo del cuarto estado y la creciente proletarización del campesinado. Sin embargo, su respuesta no fue interesarse por las vidas de los campesinos que poblaban las páginas de sus obras. De hecho, como en las novelas de Fernán Caballero, en las del escritor guadijeño se regatearon fenómenos como el hambre de tierras del campesinado, que en el mediodía peninsular afectó tanto a los pegujaleros que contaban con pequeñas porciones de tierra en los ruedos de huerta que rodeaban a las agrocidades como a los jornaleros que vendían su trabajo en el océano de medianas y grandes propiedades de la campiña andaluza (MARTÍNEZ, 1971: 26). El deseo de idealizar el mundo rural que pintaban en sus cuentos y novelas, ajeno a pretensiones realistas, llevó a ambos autores a olvidar las tensiones y conflictos que, tanto en el pasado como en épocas recientes, condicionaban las relaciones entre el campesinado y las élites locales (LANGA, 1986). Este silencio sugiere que, por encima del anhelo de estudiar la realidad rural, estaba el interés de algunos literatos por establecer normas de comportamiento para los distintos grupos sociales (FRADERA, 2003: 172-173).

En sus primeros escritos, Alarcón, que aún no era reaccionario, relacionó a la sociedad rural y a las clases populares con la barbarie, arrebatándoles el potencial regenerador que, desde las filas del tradicionalismo, le otorgaron pensadores como Jaime Balmes (1810-1848) o el barón de Juras Reales (1776-1843). Para

estos intelectuales tradicionalistas el pueblo sano, carente de iniciativa política, era laborioso, ejemplar y capaz de sacrificarse cuando la patria precisaba de sus servicios (MILLÁN, 2014: 68-72; FRADERA, 1996: 90-96). Una vez completó su involución política, el escritor guadijeño dejó de denunciar los excesos populares para aproximarse a la interpretación de estos tratadistas y destacar la docilidad natural de las clases más humildes. Desde posiciones cercanas al carlismo, Magí Ferrer (1792-1853) y Pereda (1833-1906) reivindicaron el papel palingenésico de un medio rural en el que las élites tradicionales, en estrecho contacto con las clases populares, estaban dispuestas a empararse de sus problemas y a contribuir a resolverlos siempre que, a cambio, éstas aceptasen su superioridad. Una vez escorado hacia el conservadurismo, Alarcón terminó por compartir con estos escritores la idea de que el orden social se beneficiaría de que los hacendados impusiesen sus normas, pero también manifestó frustración ante el hecho de que las élites tradicionales se hubiesen visto parcialmente desplazadas por nuevos grupos sociales.

En este punto, cabe recordar que el escritor guadijeño hizo apología de la desigualdad socioeconómica como elemento constitutivo de las sociedades humanas. Desde su punto de vista ésta no sólo no era perniciosa, sino que resultaba positiva, pues la preeminencia de las élites tradicionales sobre las clases subalternas no se imponía en base a la violencia, el materialismo o la lógica individual, sino en favor de la salud material y espiritual de la comunidad. Como Manuel Bretón de los Herreros en *El pelo de la dehesa* (1840), Alarcón defendió que los nuevos ricos, encumbrados al calor de la desamortización y el desarrollo del Estado liberal, carecían de la formación necesaria para formar parte de las élites y habían introducido la explotación como término definitorio de la relación entre clases. Por tanto, cuestionó la movilidad social desordenada y criticó a los individuos que aspiraban a abandonar su natural esfera de influencia. En la novela *Els sots ferèstecs* (1901) Raimon Casellas apuntó que el auge de la sociedad de masas ponía en peligro el proyecto civilizador que pretendían capitanear las élites liberales. Frente a esta situación, Àngel Guimerà (*Terra Baixa*, 1896) propuso la renovación de dichas élites, en las que debía integrarse todo individuo castizo que fuese apto para guiar a las masas. Por el contrario, Alarcón se limitó a defender la necesidad de que las élites tradicionales reasumiesen un papel directivo para el que estaban predestinadas, pues, de acuerdo con su razonamiento, siempre que se comportasen de forma ejemplar gozarían de crédito entre las masas.

Como Pereda, Alarcón no se limitó a reivindicar que las relaciones entre clases debían regularse en base a una jerarquía marcada por la desigualdad económica y sociocultural, sino que exigió que éstas quedasen inscritas en la esfera de lo particular, ajenas a la intervención de agentes estatales y políticos. En esta línea, el escritor guadijeño pretendía que las élites tradicionales, a las que atribuía un sentido innato de la ejemplaridad y capacidad congénita para identificar intereses comunes, regularan las acciones de las clases subalternas a través de un juego de recompensas y coacciones que no podía responder a las normas genéricas que caracterizaban al liberalismo, sino a un análisis de caso que sólo era posible en virtud de la cercanía y el trato continuado. Fruto de todo lo anterior, en la

obra de Alarcón la lucha por la igualdad, el combate por el reconocimiento de los derechos individuales e incluso la incómoda cuestión social quedaron desplazados del centro del debate político. De hecho, como también hizo Pereda, el escritor guadijeño terminó por recomendar a las clases subalternas que cedieran la hegemonía a unas élites tradicionales que, si ignoraban las lecciones de la Ilustración, no se guiarían por el ánimo de lucro, sino que ejercerían sobre ellas un control vigilante y paternal, compatible con el objetivo de garantizar la salvación de la sociedad y el futuro de las almas (SUÁREZ, 1995: 328).

La decisión de Alarcón de dibujar un mundo rural inalterable, en el que las clases sociales habían estado bien avenidas hasta la llegada de la política, tenía mucho de invención de la tradición, de relectura de las sociedades preliberales e incluso de esbozo de una comunidad imaginada que, con sus hábitos, ritos y costumbres, era definida como recipiente de la identidad nacional española. Sin embargo, también tenía mucho de reacción antimoderna, pues el escritor guadijeño demostró ser consciente del cambio de rumbo de la sociedad española cuando, en sus obras, introdujo cuestiones como la crisis religiosa (RUBIO, 1983; LORENZO: 2015: 29-30). El esfuerzo por pintar campesinos que mantenían una relación cordial con sus superiores en el escalafón social y se resignaban a un estilo de vida humilde respondía a un imaginario que Alarcón probablemente sabía irreal, pero que le resultaba útil para apuntalar su propuesta programática. Consciente de la realidad, en algunos fragmentos de su obra se recreó en una narrativa pesimista, que contribuía a acrecentar la sensación de crisis, de quiebra de valores tradicionales y de alteración de los comportamientos sociales. Sin embargo, terminó reivindicando la idea de que los valores morales fundados en la fe católica podían garantizar la estabilidad de una sociedad orgánica que había sido desigual desde su misma creación (SHAW, 1999: 23). Por tanto, Alarcón no se dejó anonadar por la rapidez de unas transformaciones que, para mayor inri, parecían fuera de su esfera de control. Todo lo contrario, siguió confiando en que sus obras podían contribuir a la modificación de un imaginario cuya evolución no se le escapaba.

En esta línea, el escritor guadijeño fue consciente de la pujanza del género naturalista, pero aun así estuvo más preocupado por el romanticismo subversivo, que había gozado de gran éxito durante la primera mitad del siglo XIX. Su reacción, en gran medida extemporánea, fue reivindicar las virtudes de un romanticismo de corte tradicionalista que podría minimizar los perjuicios que, como intelectual conservador, Alarcón achacaba al romanticismo liberal y el naturalismo. Ante la competencia que planteaban estos géneros literarios el escritor guadijeño dedicó decenas de páginas a explorar cuestiones políticas, sociales y religiosas bajo el supuesto de que el arte sólo podía ser arte si se regía por reglas morales (SHAW, 1981: 91). Esta es la razón por la que, tanto para el lector actual como para la crítica coetánea, su obra adolece de una pesada carga ideológica. Pero también es la prueba de que el escritor guadijeño no vaciló a la hora de impugnar a quienes, más que como compañeros de profesión, identificó como enemigos ideológicos del proyecto conservador que animó su acción política, su labor periodística y sus esfuerzos literarios.

7. REFERENCIAS

- ALARCÓN, P. A. (1875): *El escándalo*, Medina y Navarro, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1880): *El niño de la bola*, Imprenta Central, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1881): *Cuentos amatorios*, Imprenta y fundición de M. Tello, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1893): *La Pródiga*, Sucesores de Rivadeneira, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1918): *El capitán veneno*, Sucesores de Rivadeneira, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1972): *Historietas nacionales*, Espasa-Calpe, Madrid.
- ALARCÓN, P. A. (1988): *El sombrero de tres picos*, Aguacilar, Alicante.
- ALARCÓN, P. A. (2005): *Obras literarias, III*, Fundación José Antonio de Castro, Madrid.
- BARBIERI, M. E. (1996-1997): «Más observaciones sobre la novela: tres reseñas de Galdós dedicadas a obras de Pereda», *Anales galdosianos*, 31-32: 105-118. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmckd3x7>
- BURDIEL, I. (2015): «Lo que las novelas pueden decir a los historiadores. Notas para Manuel Pérez Ledesma», en J. ÁLVAREZ; R. CRUZ; F. PEYROU (coords.), *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 263-282.
- BURDIEL, I. (2019): *Emilia Pardo Bazán*, Taurus, Madrid.
- CANALS, J. (2016): «Paisaje y sociedad de alta montaña en De Madrid a Nápoles (1861) de Pedro Antonio de Alarcón», *Revista de Literatura*, LXXVIII/155: 95-118. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2016.01.005>
- CANTERO, V. (2021): «Despejando incógnitas sobre El clavo (1853) de Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891): relato policiaco o novela romántica», *Cuadernos de Investigación Filológica*, 50: 53-54. <https://doi.org/10.18172/cif.5113>
- CARNERO, G. (2022): *Romanticismo y nacionalismo en España: el debate inicial (1805-1820)*, Maia, Madrid.
- CAUDET, F. (1999): «El naturalismo en la literatura», en M. SUÁREZ (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander: 263-278.
- COMELLAS, M. (2010): «Introducción», en M. COMELLAS (ed.), *Fernán Caballero. Obras escogidas*, Fundación José Manuel de Lara, Sevilla: IX-CLXXI.
- CORBIN, J. R.; CORBIN, M. P. (1984): *Compromising relations: kith, kin, and class in Andalusia*, Gower, Aldershot.
- DORCA, T. (2002): «Illustrating Pereda: Picturesque Costumbrismo in El sabor de la tierruca», *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 6: 97-114.
- DRIESEN, H. (1981): *Agro-town and urban ethos in Andalusia*, Radboud University, Nimega.
- DUQUE GIMENO, A. (1997): «Fernán Caballero: La Tradición y el Paisaje», *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 25: 153-158. <https://hdl.handle.net/11441/82784>
- FERNÁNDEZ, J.; CHASSIN, J. (2004): *L'avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, L'Harmattan, París.
- FLORENSA, E. F. (1991): «El Niño de la Bola y la fisiología de la novela decimonónica (I)», *Anales de Literatura Española*, 7: 65-84. <https://ale.ua.es/article/view/1991-n7-el-nino-de-la-bola-y-la-fisiologia-de-la-novela-decimono/pdf>

- FRADERA, J. M. (1996): *Jaume Balmes, Eumo, Vic*.
- FRADERA, J. M. (2003): *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña 1838-1868*, Marcial Pons, Madrid.
- GARCÍA, S. (1991): *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del costumbrismo en Cantabria*, Librería Estudio, Santander.
- GARRIDO, A. (1995): «Clientelismo y localismo en la vida política de Cantabria», en A. MONTESINOS (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, Santander: 233-255.
- GÓMEZ, L. (1991): «Ideas Morales y Religiosas en Pedro Antonio de Alarcón», *Boletín del Instituto de Estudios Pedro Suárez*, 4: 21-30. <http://boletin.cepedrosuarez.es/index.php/CEPS/article/view/124/128>
- GONZÁLEZ, J. A. (2004): «Poética de la conquista en la obra orientalista de Pedro Antonio de Alarcón», en J. A. GONZÁLEZ (ed.); M. LORENTE (col.), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Rubí: 11-30.
- GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, E. (2003): *El cuento español del siglo XIX*, Laberinto, Madrid.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, R. (2012): «Luces y sombras de Madrid en la narrativa de Pereda», *Anales de literatura española*, 24: 125-140. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2012.24.07>
- LANGA, M. A. (1986): «Fernán Caballero: el reflejo de una época», *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, 7 (1986): 141-162. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=904805&orden=1&info=link>
- LARA, A. (1991): «Pedro Antonio de Alarcón y la Cuerda granadina», *Boletín del Instituto de Estudios Pedro Suárez*, 4: 31-40. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8152610&orden=0&info=link>
- LARA, A. (2004): «Pedro Antonio de Alarcón: una vida más allá de la guerra de África», en J. A. GONZÁLEZ (ed.); M. LORENTE (col.), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*, Anthropos, Rubí: 121-153.
- LÓPEZ, I. J. (2008): *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- LÓPEZ, I. J. (2012): *Revolución, Restauración y novela ideológica. La novela de Luis de S. de Villarminio*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- LÓPEZ, I. J. (2014): *La novela ideológica (1875-1880): la literatura de ideas en la España de la Restauración*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- LORENZO, M. (2015): «La representación del sujeto popular en las historietas nacionales de Pedro Antonio de Alarcón», *Anales galdosianos*, 50: 27-43. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0996779>
- MARTÍNEZ, A. (1971): *Labourers and landowners in southern Spain*, Rowman & Littlefield, Totowa.
- MILLER, S. (1988): «Madrid y la problemática regionalista en Pereda y Galdós», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXIV: 223-251. <https://data.cervantesvirtual.com/item/598509>

- MÍNGUEZ, R. (2017): «La novela y el surgimiento del neocatolicismo en España: Una interpretación de género», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 29: 129-148. <http://dx.doi.org/10.5944/etfv.29.2017.19012>
- MONTESINOS, J. F. (1977): *Pedro Antonio de Alarcón*, Castalia, Madrid.
- MONTESINOS, J. F. (1983): *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Castalia, Madrid.
- MORILLO, J. (2015): «Alarcón y París: El vértigo en el alma. Crónicas de la Exposición Universal: Viaje a París en 1855», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 91: 145-162. <https://doi.org/10.55422/bbmp.332>
- PICARD, R. (2005): *El romanticismo social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- PITT-RIVERS, J. A. (1954): *The People of the Sierra*, Criterion Books, Nueva York.
- RIBAO, M. (2012): «De la corte trovadoresca a la urbe de las maravillas: la ciudad en el teatro de Emilia Pardo Bazán», *Anales de literatura española*, 24: 227-246. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2012.24.14>
- RODRÍGUEZ, A. (2012): «Los viajes de Pedro Antonio de Alarcón: teatros de la tragicomedia de una vida», *Anuario de Estudios Filológicos*, 35: 181-199. <http://hdl.handle.net/10662/651>
- RUBIO, E. (1983): «Costumbrismo y novela en la segunda mitad del siglo XIX», *Anales de literatura española*, 2: 457-472. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.1983.2.21>
- RUBIO, E. (2019): «La realidad de la guerra de la independencia poetizada por Pedro Antonio de Alarcón», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 25: 171-182. <http://hdl.handle.net/10498/22023>
- SEBOLD, R. P. (1983): *Trayectoria del romanticismo español: desde la Ilustración hasta Bécquer*, Crítica, Barcelona.
- SHAW, D. L. (1981): *Historia de la Literatura Española, Siglo XIX*, Ariel, Barcelona.
- SHAW, D. L. (1999): «Romanticismo y anti-romanticismo en El niño de la bola de Alarcón», en M. STEENMEIJER; L. BEHIELS (coords.), *Asimilaciones y rechazos: presencias del romanticismo en el realismo español del siglo XIX*, Rodopi, Ámsterdam: 21-30.
- SKINNER, Q. (2009): «Motivos, intenciones e interpretación», *Ingenium*, 1: 77-92. <https://revistas.ucm.es/index.php/INGE/article/view/INGE0909120077A>
- SUÁREZ, M. (1995): «José María de Pereda. Tradición, regionalismo y crítica de la modernidad», en A. MONTESINOS (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, Santander: 317-334.